



Che PIBE

ILUSTRACIÓN DE DIEGO EL ILUSTRADOR. Nuestro habitual colaborador Jorge Camarasa comparte un extracto del libro que publicó recientemente a través de Aguilar Argentina. En *Historias Secretas de Córdoba*, este inquieto y laborioso investigador reunió 12 relatos centrados en otros tantos personajes muy singulares que habitaron o transitaron esta provincia; reversiones ampliadas de notas previamente aparecidas en medios periódicos (*LaCentral* incluida) junto a historias absolutamente inéditas hasta este lanzamiento. Aquí, buena parte del capítulo titulado “*Y a la noche, bailecito*”, sobre la infancia de Ernesto Guevara en Córdoba y Alta Gracia.

53

Villa Nydia, la casa que la familia Guevara alquiló para vivir cuando llegó a Alta Gracia, estaba en El Alto, en lo que aún se llama Villa Carlos Pellegrini. Había sido construida por la Compañía en 1911, y su primer dueño, un tal Barraco Candiotti, la había bautizado con el nombre de su hija menor.

Como otras del barrio que datan de la misma época, la casa es un chalet de una planta de estilo inglés, con techo de chapa de pendiente pronunciada, ornamentaciones de hierro fundido en el tejado y carpintería de madera, y tiene un pequeño jardín al frente que remata en una galería, y un patio interminable por detrás.

Los Guevara vivieron allí desde 1935 hasta 1937, y luego desde 1939 hasta 1943, cuando se mudaron otra vez a la ciudad de Córdoba. Esa casa de aire suburbano, en ese barrio tranquilo, fue el lugar donde empezaría a corretear el futuro Che.

Las precisiones que hay sobre su infancia son muchas. Algunos libros, como el del periodista cordobés Horacio López (*Ernestito Guevara antes de ser el Che*), las recogen. En todo caso, lo que esas precisiones configuran es el esbozo biográfico de un niño libre, sólo limitado por el asma, criado en el ámbito de una familia no convencional. (...)

Los dos primeros años, el chico no había ido al colegio, y la madre le había enseñado a leer y a escribir en la casa. Los dos años siguientes los hizo en el colegio San Martín, y los dos últimos en el Manuel Solares. Desde luego, eran escuelas públicas, y el niño Guevara tenía permiso de sus padres para retirarse de clase en las horas en que se enseñaba catecismo.

**Con el tiempo,
la necesidad de
transformar la afición
en una oportunidad
iría configurando a
Ernesto en un jugador
de ajedrez de talento
y en un lector notable.**

Era un alumno díscolo, apenas bueno, y faltaba mucho por su enfermedad. En estos años de escuela primaria, Ernesto conoció a quien

iba a ser uno de sus dos grandes amigos cordobeses, Carlos Ferrer, a quien en el pueblo llamaban "Calica". Se habían conocido porque el padre de Ferrer era tisiólogo, y los Guevara habían llevado a Ernestito a la consulta. El asma era un fantasma errante que no dejaba de aparecer, y Calica era quien lo ayudaba a regresar de las sierras cuando le sobreviniera una crisis durante alguna correría.

Vivía sometido a dietas y tratamientos médicos, y a veces tenía que pasarse días enteros haciendo reposo. Pero con el tiempo, la necesidad de transformar la afección en una oportunidad iría configurando a Ernesto en un jugador de ajedrez de talento y en un lector notable.

La parábola de sus lecturas en esos años de infancia es curiosa. Desde los clásicos juveniles, como Julio Verne y Emilio Salgari, iba a saltar a Anatole France y Emile Zola, y de ellos a Horacio Quiroga y Antonio Machado. Según Horacio López, esas lecturas lo hacían "viajar" y le generaban ansias por conocer el mundo. En los años siguientes, ya adolescente, sus preferencias lo iban a diferenciar del resto de sus amigos: leía libros de historia y economía, a Marx y a Schopenhauer, y podía recitar de memoria a Baudelaire y Neruda. Más adelante, pero ya tendría 17, empezaría a escribir su propio diccionario de filosofía.

Pero la vida cotidiana del joven Guevara en Alta Gracia no era sólo una secuencia infinita de asma y lecturas. La sociabilización de la familia, como la de casi todo el pueblo, pasaba también por el escenario que era el Sierras Hotel. Existen fotos de Ernesto junto a la pileta, y otras –más consabidas– disfrazado de serranito con chambergo y poncho, montado sobre un burro.

A poco de llegar, los Guevara habían empezado a frecuentar el Sierras, donde a veces se encontraban con conocidos de Buenos Aires y San Isidro, y Ernesto padre había sido contratado para modernizar la cancha de golf. En



En el hotel Sierras jugaba al tenis, practicaba algunos swing de golf, nadaba, atajaba en los partidos de fútbol y, a medida que iba creciendo, iba a bailar.

el hotel, con Carlos Ferrer, el futuro Che jugaba al tenis, practicaba algunos swing de golf, nadaba, atajaba en los partidos de fútbol y, a medida que iba creciendo, los fines de semana iba a bailar. El propio Calica lo ha contado con una gracia no exenta de machismo: "Era pintón, audaz y tenía facilidad de palabra. Siempre había romances. Las chicas estaban divididas entre aquellas con las que se podía intentar cualquier cosa y las otras. Y nosotros, de mosquito para arriba... ¡icacería! Ernesto tuvo muchas chicas festejadas. Éramos dos bacanes, y al Sierras venían unos bombonzos... Allí jugábamos tenis, golf, y Ernesto se braceaba dos piletas. Y a la noche, bailecito". Pero además de la vida mundana que giraba en torno al Sierras, en esos años en que el futuro Che crecía en Alta Gracia, al pueblo habían ido llegando algunos exiliados españoles que modificarían el paisaje cultural. En algunos casos eran familias enteras escapadas del franquismo tras la Guerra Civil, y una de ellas, la del doctor

Juan González Aguilar, se vinculó estrechamente con los Guevara.

Juan González Aguilar había tenido cargos importantes en el gobierno de la República. Se había recibido de médico en 1918, y durante la guerra había llegado a ser el jefe de Sanidad del ejército. Primero había estado en Santander y luego en Barcelona, y a principios de 1938 se había exiliado en la Argentina con su mujer y sus cuatro hijos, Carmen, Francisco, Juan y José, que al llegar a Alta Gracia se hicieron amigos de Ernesto.

Los González Aguilar y los Guevara se visitaban. En el ambiente parroquial del pueblo había sido inevitable que se encontraran, y en las reuniones domingueras de las dos familias, pero también en las conversaciones de los chicos, el tema de la guerra era predominante. Los españoles contaban anécdotas, y Ernesto, que tenía diez o doce años, escuchaba con avidez. Ferrer recordaba que había conseguido un mapa de España, y allí iba identi-

ACORDOBESADOS



"Son personajes que a mí me interesaron por diferentes razones: Biolet Massé, Madame Carrel (médica y psíquica francesa), Fritz Mandl (multimillonario fabricante de armas)...", dice Jorge Camarasa, iniciando la rica y diversa lista de nombres en los que enfocó diez de los doce textos de su libro. Lista que se completa con el Cura Brochero, el escritor y político cordobés Raúl Barón Biza, la aristócrata porteña y acérrima católica Adelia María Harilaos de Olmos (viuda de Ambrosio), el abogado tucumano Rodolfo Aráoz Alfaro (secretario general del Partido Comunista para América Latina y cobijador de los republicanos españoles exiliados en Villa El Totoral), el general de las SS Ludolf von Albensleben, Evita y El Che. A eso se agrega una historia plural sobre "la extraña fauna humana que rodea el Uritorco" y otra sobre los célebres hoteles Viena y Edén.

Camarasa comparte actualmente una característica que tuvieron muchos de los personajes que investigó: vivir en Córdoba sin ser oriundos. Nacido en Zárate, Provincia de Buenos Aires, hace siete años se mudó aquí, donde siempre se sintió atraído por la ondulada geografía y los misterios que esconde: "Una de las primeras cosas que hice al llegar –cuenta– fue comprarme un GPS, una excentricidad en ese momento, y largarme a recorrer las sierras buscando lugares que ni figuraban en los mapas". Y en un ida y vuelta con esas exploraciones, se fueron gestando los textos que luego conformaron el libro: "A veces, primero pescaba una historia en un lugar y después tenía que leer e investigar para completarlo. Y otras veces iba a buscar un lugar determinado porque antes había leído algo sobre un personaje. Fui trabajando con mucha libertad y mucho placer, y en el camino descarté otra docena de historias que harán un próximo libro, contratado para 2014".

COMPROMISO AFECTIVO

Jorge Camarasa suele hablar de los cordobeses como nosotros solemos hablar de los porteños. Le causa gracia esa cosa tan nuestra de creernos únicos, diferentes, distintos. Cuando hablamos con el pecho hinchado de la Reforma Universitaria o del Cordobazo, nos recuerda que también esta provincia fue hospitalaria con los refugiados nazis. Cuando nos ufamamos de lo revolucionarios que somos, deja deslizar como si fuese casual algún comentario sobre la resistencia que encontraron en esta región los próceres de Mayo.

Así, Jorge Camarasa asume, sin pensarlo, el rol de una especie de fiscal de la cordobesidad. Y nos insta a pensar que quizás no somos los más graciosos, ni los más rebeldes, ni los más ilustrados. Que somos como somos, ni más ni menos, con las bondades y maldades que suelen alternar los habitantes de cualquier lugar del mundo.

Sin embargo, entre todos esos sitios probables, Jorge Camarasa habita éste. Y no contento con eso, además escribe libros y artículos sobre el pasado, el presente y el futuro de esta parte del planeta. Y se gana la amistad de los nacidos y criados. Y frecuenta las mesas de café y las barras de los bares de esta ciudad que lo interpela con sus excesos de orgullo.

Esa elección encuentra en su más reciente libro una justificación literaria. En sus historias, en su empecinamiento por descubrir biografías que se escenificaron en esta provincia, se entrevistó el compromiso afectivo de alguien que ha transformado a Córdoba en su querencia.

Dirty Ortiz

ficando los lugares de los frentes y las batallas que se mencionaban en las charlas. Durante la Segunda Guerra Mundial, que empezó en 1939, cuando tenía once años, haría lo mismo, y acompañaría a su padre a las reuniones de los grupos antifascistas que se aglutinaban en Acción Argentina. Con su padre, además, irían varias veces durante el conflicto hasta el hotel Edén, en La Falda, para espiar a sus dueños pronazis.

Para los Guevara, la Guerra Civil Española, sobre todo, también era un asunto familiar y cercano. Amén de su posición naturalmente republicana, que había llevado a Ernesto padre a formar un comité de ayuda en el que recolectaba fondos para enviar a Madrid, en esos

días de Alta Gracia pasaba largas temporadas con ellos una hermana de Celia, Carmen de la Serna, esposa de Cayetano Córdoba Iturburu. "Policho", como lo llamaban, era un crítico de arte reputado, poeta y periodista, y el diario Crítica, donde trabajaba, lo había enviado a España como corresponsal de guerra. Era amigo de García Lorca, de Fernández Moreno, de Borges, y en 1934 se había afiliado al Partido Comunista. De esa experiencia española, a la que más que como testigo asistió como antifascista, resultarían libros en prosa como *España bajo el comando del pueblo* y poemas como "Flores en los fusiles": "¿Oyó silbar usted una granada?/ ¿Vio entre los niños el obús del crimen?/ ¿Calles anduvo de ceniza y polvo?/ Pe-

ro ellos llevan flores en los fusiles".

Además de los González Aguilar, en 1942 había llegado a Alta Gracia el compositor Manuel de Falla. También como ellos, primero había pasado por Buenos Aires y luego se había instalado en Córdoba, al principio cerca de Villa Carlos Paz. Aunque De Falla, que había nacido en 1876, no había sido un militante republicano, el clima cultural agobiante del franquismo atentaba contra su libertad de creación, y en 1939 había dejado su país. Franco había querido repatriarlo ofreciéndole una pensión, pero el músico se había negado. Había llegado a la Argentina con su hermana María del Carmen, y en 1942 habían comprado el chalet Los Espinillos, en las afueras del pueblo, donde trabajaba en *Atlántida*, una ópera que a su muerte dejaría inconclusa.

Aunque el compositor hacía una vida recoleta, la casa de De Falla era casi un lugar de peregrinación para los intelectuales antifranquistas que llegaban a Córdoba, quienes acudían a celebrar al autor de *El amor brujo* y la versión escénica de *El sombrero de tres picos*. Aunque por entonces la salud de Manuel de Falla ya estaba declinando, en agosto de 1945 lo habían visitado Rafael Alberti, Paco Aguilar y Donato Colacelli, quienes le habían ofrecido una cantata a tres voces: laúd, piano y poesía. Aunque los Guevara ya no vivían allí y se habían mudado a la capital cordobesa, aquel día habían vuelto a Alta Gracia para escuchar el concierto, y muchos años después, tras la muerte del Che en Bolivia, Alberti escribiría: "Te conocí de niño/ allá en el campo aquel/ de Córdoba argentina./ Jugando entre los álamos/ y entre los maizales./ Las vacas de las viejas quintas,/ los peones.../ No te vi más/ hasta que supe un día/ que eras la luz quemante/ el Norte./ esa estrella que hay que mirar/ a cada instante/ para saber en dónde nos hallamos".

SU CASA UN MUSEO

Casi nueve décadas después de que se levantaran sus cimientos, y tras albergar durante años a personal jerárquico del ferrocarril cuando buscaba paz en Alta Gracia, Villa Nydia se convirtió en espacio de homenaje a uno de sus ex moradores: el Che Guevara.

La edificación, que comparte el estilo inglés con varias casas vecinas que caracterizan al barrio Pellegrini, fue elegida como primera morada altagraciense por la familia Guevara De la Serna cuando se mudó buscando mitigar el asma de su hijo Ernesto.

Esa casa fue uno de los tantos escenarios que albergaron al niño y al temprano adolescente que luego se convertiría en el mito que es hoy. Consecuencia de esto último, en noviembre del año 2000 fue adquirida por la Municipalidad de Alta Gracia y declarada Bien Patrimonial. Y el 14 de julio del año siguiente fue transformada en el Museo Casa Ernesto Che Guevara.

Las habitaciones que componen este espacio histórico exhiben fotografías familiares, una colección epistolar que incluye la renuncia a su cargo de Ministro del Interior de Cuba destinada a Fidel Castro y objetos con un fuerte valor simbólico, como la réplica de la moto que lo llevó en su primer viaje por Latinoamérica años antes de librar la Revolución Cubana.

Según informa Adelina Coda, Directora de Cultura del Municipio, el Museo del Che es uno de los más visitados de la provincia: en temporada turística alta se superan las 4.000 visitas mensuales y fuera de ella, no bajan de 2.000. Suma a esta realidad la impronta que se le quiere dar al lugar, orientado al turismo, pero con las puertas bien abiertas, también, a la comunidad local y regional, tanto a través de una política de descuentos –que incluye entrada libre y gratuita para altagracienses y habitantes del departamento Santa María– como mediante la generación de nuevos ambientes, recorridos y actividades.



MUSEO CASA DEL CHE
Avellaneda 501, B° Carlos Pellegrini
Alta Gracia, Córdoba
Tel: (03547) 428579